

De la
guerra
fría
a la
paz
fría

HACIA UN NUEVO EQUILIBRIO POLITICO DEL MUNDO

Por EDUARDO HARO TECLEN

dicen que hay unos «ángeles» —el grupo de intelectuales que rodea a Kennedy en la Casa Blanca los llaman así, «the angels»— que vuelan continuamente entre Washington y Moscú; unos diplomáticos jóvenes, ágiles, nuevos, apenas contaminados de Pentágono y de Departamento de Estado, que están preparando una base de acuerdos entre los Estados Unidos y la URSS. Dicen que el diálogo entre Kuznetsov —Vasili Kuznetsov, ministro soviético de Asuntos Exteriores— y Kennedy ha ido más lejos de lo que calculaban los aliados occidentales de Estados Unidos y los propios dirigentes de la política americana (hasta el punto de que Dean, delegado americano en la conferencia de Desarme de Ginebra, ha dimitido, al ver sus negociaciones desbordadas por el mismo Presidente). Dicen que Kennedy, cuando venga a Europa para visitar Italia, ampliará su viaje de forma que pueda encontrar en algún punto a Krustchev. Dicen que un cierto número de temas —el desarme, la exploración del espacio, la política respecto a África y a Asia, Alemania— figuran ya en borradores, de acuerdo entre los dos grandes países.

compañeros antagónicos

Es posible que de todo esto que se dice por el mundo no haya nada demasiado concreto, aparte de una cosa: la «camaradería» —por decirlo así— que se han descubierto Kennedy y Krustchev en el momento supremo de la crisis de Cuba, la crisis que está dando una nueva estructuración al equilibrio político del mundo. Kennedy y Krustchev comparten la angustia del teléfono rojo que puede desencadenar la guerra; los dos son contables de una misma cuenta, la de muertos que ocasionaría el primer latigazo atómico sobre la superficie del globo. En cualquier caso, desde el momento en que la escuadra americana comenzó el bloqueo de Cuba, mientras los grandes barcos soviéticos avanzaban hacia la línea de peligro con cohetes y aviones en sus cubiertas, los dos señores del mundo no cesan de hablar a sus pueblos en un lenguaje históricamente nuevo. Desde Julio

César, o tal vez desde el primer jefe de tribu prehistórica armada de cachiporras, el lenguaje del jefe político consiste en crear una especie de hipnosis que conduzca dulcemente sus hombres a la guerra. La «arenga» está hecha para «electrizar a las masas», como dice el exacto tópico. Ahora, por primera vez, son los jefes políticos y militares los que describen todo el horror de la guerra, como si quisieran evitar que sus pueblos y sus íntimos consejeros se dispansen solos. Es el anti-climax. Es, en una frase todavía temblorosa de incertidumbre, el paso de la guerra fría a la paz fría.

cambio de estructuras

Estos síntomas —sólo síntomas, por ahora— de la nueva era de paz fría están teniendo unas consecuencias lógicas, pero extrañamente veloces: el cambio de estructuras, de organizaciones.

En este helado enero todo está saltando por los aires. El Mercado Común está amenazado de muerte. El veto de Francia a la Gran Bretaña, sin duda porque desde el acuerdo de Nassau la considera dependiente de América, que no comparten ninguno de los otros cinco países de la Comunidad —aunque Alemania sea la más moderada en expresar su disensión con Francia, para salvar la entrevista Kennedy-Adenauer—, tiene un carácter extremadamente grave. La polémica sobre defensa de Europa entre Francia y los Estados Unidos también: «Ha sido una bofetada en la cara», decía un portavoz oficial del Departamento de Estado comentando la conferencia de prensa de De Gaulle, en la que el general rechaza bruscamente la oferta de «Polaris» hecha en Nassau.

El nacionalismo senil del Presidente De Gaulle, su nuevo y helado aislamiento, vuelven a convertir a Francia en el punto neurálgico de la alianza occidental. Durante muchos años se ha dicho que Francia era «l'homme malade de l'Europe». Es posible que con su nueva salud ficticia, Francia sea aún más peligrosa para el mundo occidental que con sus endémicas crisis de Gobierno y sus exasperantes sesiones en la Cámara que, a fin de cuentas, representaban una mayor vitalidad que la actual esclerosis que sufre a consecuencia de los «principios inmutables».

referéndum europeo

hay quien atribuye a De Gaulle un proyecto que parece más bien delirante: la creación de una Europa bajo su hegemonía, que pudiera un día tratar de igual a igual con los grandes de la URSS y los Estados Unidos en una Conferencia para la que hasta se da fecha: enero de 1964. Europa, en esa Conferencia, estaría solamente representada por De Gaulle, convertido en portavoz de los demás Estados europeos. Probablemente De Gaulle está tratando en estos momentos de convencer a Adenauer de que no dimita al terminar el verano, como es su proyecto; o, al menos, de que deje preparado un testamento político que sus sucesores deben respetar, en el cual el eje París-Bonn quede firmemente asentado. Con esta carta en las manos, De Gaulle forzaría a sus compañeros de Comunidad Europea a la creación de un Secretariado Político Común y la organización de un referéndum —el general adora los referéndums, de los que ha descubierto que son el mejor camuflaje para un dictador con piel de demócrata— con las mismas preguntas para los ciudadanos de los seis países comprometidos, en el cual se abordasen los problemas comunes.

El fracaso de la Conferencia de Bruselas ha podido demostrar a De Gaulle que los países de la «Pequeña Europa» no están maduros para admitir la autoridad única del general De Gaulle. El resultado de sus conversaciones con Adenauer —sea cual sea el comunicado que se publique al final de ella— debe también hacerle comprender lo que sus proyectos tienen de ensueño. Pero sería juzgarle equivocadamente creer que por eso abandonará el camino emprendido. El general no ve más que un camino. Por lo tanto, no puede seguir otro.

GAITSKELL

CON TABA CON UN MILLON DE VOTOS PERSONALES



SU MUERTE HACE DUDOSO UN EXITO LABORISTA EN LAS PROXIMAS ELECCIONES BRITANICAS

POR primera vez en la historia de la Gran Bretaña las sesiones del Parlamento se han suspendido como duelo por la muerte de un "leader" de la oposición, honor póstumo reservado hasta ahora a los primeros ministros en ejercicio. Cuando se sabe el horror casi físico que la Gran Bretaña siente a hacer algo por primera vez, se medirá cual es el alcance que los británicos dan a la muerte del tranquilo, inteligente y humorista («Ya se acercan los fontaneros», dijo sonriente al ver aproximarse a los cirujanos que iban a intentar la última operación) Hugh Gaitskell. La orfandad en que deja el partido laborista es grave: quien le suceda tendrá que «hacerse» después de elegido, porque no hay una figura ya hecha dentro del partido. Saldrá de unas elecciones difíciles y apuradas.

Pero esta orfandad alcanza a la Gran Bretaña, que se queda también sin figura de recambio para la sucesión del cansado, dolorido y quemado MacMillan, que acaba de entrar en el séptimo año de su Gobierno con la popularidad negativa más alta que haya tenido nunca un primer ministro inglés.

Muchos pensaban que en las próximas elecciones generales, Gran Bretaña iba a cambiar

el turno del partido en el poder y dar paso a los laboristas de Gaitskell, porque su jefe había sabido analizar justamente los problemas del país desde el «banco de detrás», el banco de la oposición, donde presidía el "Shadow Cabinet" (el «ministerio fantasma» es un término parlamentario británico: es una especie de gobierno imaginario, sin poder, que forman los dirigentes de la oposición). Gaitskell había sabido comprender cuáles eran los problemas de la defensa militar británica. Y se había opuesto al ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común, incluso con ferocidad. Ahora que el tiempo le ha dado la razón, también le ha dado la muerte.

El partido laborista había ido escapando por los pelos del drama contemporáneo de los partidos socialistas. Todos los partidos socialistas de Europa han sufrido en los últimos tiempos de su posición política paradójica: el microbio del anticomunismo había sido fatal para partidos de genealogía marxista y les había lanzado hacia la derecha, la cual, a su vez, se había apropiado de algunas de las conquistas sociales, de forma que los partidos socialistas se habían quedado sin contenido, sin nada que ofrecer a las masas, gobernando a veces más a la derecha que los partidos capitalistas (es fácil recordar el ejemplo del partido socialista francés, que en el caso de Argelia se mostró más colonialista que ningún otro partido) y dividiéndose continuamente en grupos, subgrupos, facciones y hasta tertulias e individuos.

El partido laborista, más insular, más aislado que los partidos socialistas europeos, sufrió simplemente algunas de sus salpicaduras. Pero ha ido teniendo algo así como mala suerte. El viejo Atlee perdió su fuerza de tenaz luchador y hoy está convertido en un viejo lord reumático, que se viste con el hábito de la orden de la Jarrettera para asistir a las ceremonias de la Corte. Desapareció el minero Bevan (el gran «peso pesado» del partido, macizo y duro) antes de llegar a ser el gran renovador del laborismo. Y ahora muere Hugh Gaitskell, que combatía, con la movilidad y la saña de un «peso ligero», continuamente, día y noche, semana tras semana, año tras año: primero, por reestructurar su partido, enfrentándose con los disidentes, dominándoles, obligándoles a la unidad en la obediencia.



cia. Incluso abandonó sin pesar algunas de las conquistas fallidas —si vale la expresión paradójica— del socialismo inglés, tales como algunas nacionalizaciones. Luego creó una imagen de su partido lo suficientemente sensata y posibilista como para poner término al largo turno de los conservadores en el poder. El año pasado había tenido entrevistas con Kennedy; este año tenía cita con Krutchev. La sucesión de desgracias de MacMillan —y en política la mala suerte no se perdona— habían puesto el poder a su alcance; y quizá una renovación de la Gran Bretaña. Pero los fontaneros no han llegado a tiempo esta vez para soldar sus riñones, enfermos de muerte por una misteriosa enfermedad. Es una desgracia más para la Gran Bretaña.

Se dice que Gaitskell podría sumar, por su personalidad, un millón de votos a su partido. Una gran parte de esos votos irán ahora a los liberales.

E. H. T.

abucheos en berlin

Los silbidos y los abucheos con que el Congreso del Partido Comunista alemán, en Berlín-Este, acogió las palabras del delegado chino contra el «revisiónismo yugoslavo» demuestran que el bloque comunista no es tampoco insensible a la nueva estructuración de la «paz fría». No han llegado aún documentos concretos sobre lo que ha ocurrido en Berlín, sino versiones de agencias y periodistas directamente interesados en dar un valor determinado a la discusión ruso-china, que esta vez se ha desarrollado dentro de ciertas fórmulas, entre ellas la de la alusión indirecta: mientras los soviéticos denunciaban a los albaneses con tiro de elevación para alcanzar a los chinos, éstos aludían a los yugoslavos para llegar a Moscú.

El desarrollo de la polémica de Berlín ha sido más moderado y más cortés de lo que preveían los observadores occidentales. Incluso se ha llegado a la fórmula conciliatoria. Krutchev propuso una «tregua ideológica»; Pekín, por su delegado, Wu-Siu-Chang, propuso para el futuro una especie de seminario comunista en el que los ideólogos discutan no las actuales circunstancias del mundo y de la política internacional —que hasta ahora sólo han sido rozadas como de paso y para poner ejemplos en la discusión Moscú-Pekín—, sino la adaptación de las bases del marxismo-leninismo.

los puntos sensibles

Es interesante observar que la distinta composición de los dos bloques en presencia, el occidental y el comunista, puede hacer que las consecuencias de la «crisis de la paz fría» revista caracteres distintos en cada uno de ellos. La unión de los países que comúnmente llamamos occidentales está basada en una serie de intereses comunes, de todo orden, una vez establecidos los cuales se ha venido a establecer una ideología concordante, a veces contradictoria, otras paradójica, pero continuamente mantenida en discursos, editoriales y publicaciones oficiales aún al margen de los hechos. En cambio, en el bloque comunista la base de la unión está en una doctrina ideológica, a partir de la cual se han tratado de unificar los distintos intereses de los distintos entes incluidos en ella. Es lógico que al plantearse una situación inesperada, un deshielo en las relaciones internacionales, la alianza occidental resulte alcanzada en sus intereses materiales y la unión comunista en su base ideológica.

De todas formas, si las principales premisas que admitimos como clave de la situación —una serie de bocetos de acuerdo, o de posibilidades de acuerdo entre Kennedy y Krutchev, entre Estados Unidos y la URSS— resulta cierta, Krutchev podrá presentar esta nueva coexistencia como un triunfo de su doctrina y como una consecuencia del «deshielo» soviético que siguió a la muerte de Stalin.